

La mano de la reina, la mano de la esclava.

El pasado miércoles creí que sólo iba a asistir al acto inaugural del Primer Foro Internacional de Microcréditos, que fue organizado por la asociación “Together in the World”. Este lúcido proyecto va a crear un sistema sanguíneo que evite la necrosis de los olvidados de Dios. Lo sorprendente es que parece que sobra sangre, y también corazones capaces de bombearla. Sólo falta una extensa red de microarterias que lleven vida a todas las almas del cuerpo de la Humanidad.

En el cocktail, Joana Caparrós -Presidenta de “All Together”- y su sagaz hija Mercé, me presentaron a la Reina Sofía. Cogí su mano, enfilé su sonrisa monumental, improvisé un sincero “es un placer conocerla, majestad”, parpadeé durante milésimas de segundo... y aquel rostro cordial, sereno, con la belleza de una bandera grande y limpia abrazándose al viento, se convirtió en una talla de carne oscura, de ojos almibarados, de frente convexa por la que resbalaban lágrimas de sudor. Estábamos en la carretera que une Nueva Delhi con Agra, y lo que segundos antes había sido una reunión de gente perita en sonrisas y ahíta de comodidades, era ahora una cuneta tatuada con animales muertos, incandescente a cuarenta grados, atronada por miles de vehículos, donde un grupo de quince mujeres golpeaban el asfalto en silencio, con picos de hierro, y lo acarreaban, troceado como si fuera turrón negro e infecto, en enormes cestos que aplastaban sus elegantes cráneos hindúes.

La obrera no me soltaba la mano, y tuve tiempo para que mi sensación de mundo se oscureciera con la suciedad de su piel, con sus callos, con sus pústulas. Empezó a llover y vi gotas grises posarse en su sari fucsia, y en su rostro barnizado de caoba; y como no me soltaba la mano, me atreví a preguntarle qué quería. Ella cerró los ojos, aguantó en su tráquea una desolación que nos hubiera matado a cualquiera, y volvió a abrirlos para implorar:

“Por favor: ¡Ayúdenos!”

La lluvia arreció y yo cerré los ojos para que no se me inundara el pecho con aquella riada de desesperación. Al abrirlos volví a contemplar el rostro de la Reina Sofía, que ya soltaba mi mano.